

¿Cómo un bosque de pinos salvaguarda el agua de toda una comunidad?



Un semillero del agua en el cielo



En Huasahuasi existe un lugar en el que nunca falta el agua. La lluvia, que cae casi todo el año, nutre los ríos de los que vive la comunidad a más de 2.700 m.s.n.m. Pero sus pobladores saben que a pesar de su abundancia deben cuidarla: desde hace catorce años cientos de hectáreas de pinos plantados por ellos garantizan el preciado oro líquido.



Texto: Carolina Martín / Fotografías: Paul Vallejos (Diario El Comercio)



GUARDIANES DEL BOSQUE. Los jóvenes de Santa Rosa de Chiras se dividen en cuadrillas para podar las ramas de los cientos de pinos que multiplican el agua que da vida a todas las chacras de la zona.



TRABAJO DEDICADO. Podar los pinos se ha vuelto una tarea en la que todos participan en Huasahuasi. Los hay de dos tipos: pátula y radiata.



PINOS BEBÉS. El vivero comunal acoge un total de 5 mil pequeñas coníferas que esperan ser plantadas en los cerros que protegen la comunidad.



CARBONPUQUIO. Es uno de los dos ojos de agua de la zona.

A

Aún no ha salido el sol pero Esperanza Bovis Chaua ya prepara afanosa el desayuno para María, de ocho años, y Fabrizzio, de cuatro, dos de sus cinco hijos que aún están en edad escolar. Es muy temprano. La radio le confiesa casi en un susurro que apenas pasan de las cuatro y media de la mañana, pero a “La Gringa”, como la conocen todos en el caserío de Santa Rosa de Tiambra -distrito de Huasahuasi, provincia de Tarma, en el departamento de Junín, a doscientos treinta kilómetros al este de Lima- no le importa. Quiere dejar todo listo antes de irse. En un rato también meterá en una olla las papas que formarán parte de su almuerzo. Hoy el día será largo: debe subir junto a otras madres a la plantación de pinos que desde hace catorce años corona la comunidad para proceder a su poda. Una labor que les llevará hasta que desaparezca la luz que todavía no la alumbra.

La cita es en la puerta de la posta médica, a las ocho de la mañana, junto a su local

Los pinos repueblan de pasto la zona, incrementan la cobertura boscosa y, como esponjas, retienen una humedad que se filtra en el subsuelo y llega en forma de agua al río Huasahuasi, cuyo caudal riega las chacras del pequeño caserío.

comunal y el vivero en el que crecen cinco mil pequeños pinos, de los que solo se vislumbran algunas diminutas ramas. Es miércoles, un día poco habitual, pero las guardianas del bosque han adelantado el encuentro dos jornadas porque el viernes la comunidad entera disfrutará de la fiesta en honor a su patrona, Santa Rosa de Lima, y nadie trabajará. Las podadoras son en su inmensa mayoría mujeres. Conversan un poco, rien, miran el cielo que amenaza lluvia y comienzan su ascenso hasta casi los tres mil metros, serrucho en mano, por un camino sin marcar y una pendiente casi imposible. Pronto los pinos las saludan. Son cientos y cientos de ellos, de las especies pátula (pino candelabro) y radiata (pino californiano). Un total de treinta hectáreas. La vista se pierde hasta la cumbre.

“Cada semana subimos a la faena y es duro pero nos gusta tener lindos nuestros pinos para que haya un buen ambiente y mucha agua. Ellos son vida y si murieran quedaríamos muy tristes. Sería como si la familia hubiera muerto. Porque así los siento y los cuido, como si fueran mi familia”, relata Esperanza durante un receso de su trabajo para tomar aliento. Su sentir parece ser compartido por el resto de las campesinas que trabajan a su lado. Todas podan las ramas que sobresalen, con firmeza y mucho cariño. Saben que solo así el árbol crecerá hasta casi tocar las nubes.

400

hectáreas de pino en macizo forestal se han plantado en Huasahuasi desde 1999.

123

lagunas altoandinas constituyen los reservorios naturales de agua en la zona.

8

puntas nevadas coronan las cordilleras de Ganchishjanca y Raushjanca.

150

mujeres pueden sembrar en un día 20 mil plantones de pino.



UN PASEO DE BOLETUS

Las plantaciones de pinos ofrecen generosas a los campesinos de la zona un beneficio extra: los hongos boletus, que crecen a sus pies algo tímidos (pero abundantes), en los meses de diciembre, enero y febrero, cuando tras las intensas lluvias sale el sol y la temperatura se eleva.

Los hongos son comestibles y muy apreciados en el mundo de la gastronomía. Por eso la comunidad los vende a Sierra Exportadora a treinta soles el kilo de hongo deshidratado. Un negocio nada desdeñable si se tiene en cuenta que la producción durante el tiempo de cosecha es de un promedio de dos mil kilos por semana, cifra aún alejada de los cinco mil kilos que estaría dispuesto a comprar el programa gubernamental. Los hongos ya se preparan en los mejores restaurantes de Lima como cebiche, chicharrón, anticuchos y salteados, entre otros platos.





GOTEO. Miles de gotas de rocío quedan atrapadas en las hojas de los pinos y captan el agua de la lluvia.

PINOS SANOS Y FUERTES

Ese es el objetivo. Pinos que crecen sanos y fuertes en terrenos antes erosionados. Ellos repueblan de pasto la zona, incrementan la cobertura boscosa y, como esponjas, retienen una humedad que se filtra en el subsuelo y llega en forma de agua al río Huasahuasi, cuyo caudal riega las chacras del pequeño caserío, atraviesa algo más adelante la comunidad de su mismo nombre y se pierde rumbo a la espesura de la caja de selva de Chanchamayo.

La especie es exótica pero se ha adaptado muy bien a las condiciones de la altura de los Andes. Además que en Tiambra, y en virtud

En Huasahuasi hay cientos y cientos de pinos, de las especies pátula (pino candelabro) y radiata (pino californiano), que abarcan un área de treinta hectáreas.

a convenios firmados entre la Municipalidad Distrital de Huasahuasi, AgroRural (antes Pronamachs Tarma) y las localidades beneficiarias, ya hay plantaciones en el caserío de San Juan de la Libertad (quince hectáreas) y las comunidades campesinas de San Antonio de Casca (tres hectáreas) y Santa Rosa de Chiras (ciento cincuenta hectáreas), pionera

esta última del proyecto de plantaciones forestales en Tarma.

“Antes todo esto era un pajonal, puras lomas de ichu. Pero éste no servía de mucho, no tiene nutrientes y no hace que la vaca dé leche. Así que plantamos pinos, quinquales como barreras de protección natural e hicimos zanjas de infiltración. Ya son muchos los años que hacemos buenas cosechas de agua”, explica Silvestre Isidro Churquín, presidente de Chiras, mientras camina por la zona de Chacuarumi, hasta el nacimiento del Carbonpuquio, uno de los dos ojos de agua -junto al Putaca- que abastecen la zona. Allí cuenta emocionado que antes su caudal “era un cuarto de lo que es ahora” y que gracias a los 10 litros/segundo que emana en la actualidad los tres mil metros cúbicos del reservorio que construyeron ladera abajo siempre se mantienen al mismo nivel. Los venados también han vuelto al lugar.

EL AGUA Y LAS SEMILLAS DE PAPA

Los campesinos están encantados. Si el riego es por surco se beneficia a un promedio de ocho personas al día (tres veces más que hace apenas unos años). Y la cantidad se incrementa hasta veinte personas si el riego es por aspersión. El agua es imprescindible para esta comunidad agrícola que vive del cultivo de una papa que necesita de una irrigación fuerte y superficial, pero que, por cada metro cúbico aplicado de agua, produce más energía alimentaria, proteína y calcio a comparación que el maíz, el trigo o el arroz.

“

Antes todo esto era un pajonal, puras lomas de ichu. Así que plantamos pinos, quinquales como barreras de protección natural e hicimos zanjas de infiltración. Ya son muchos los años que hacemos buenas cosechas de agua”.

Silvestre Isidro Churquín
Presidente de la Asociación Santa Rosa de Chiras.

Aprovechar los ojos de agua de la forma más eficiente es una de las claves del éxito de sus cultivos. El distrito de Huasahuasi es primer productor de la semilla de papa certificada que compran los agricultores de Arequipa, Ica, Lima, Tacna, Huánuco, Áncash y la propia Junín. El trabajo es duro pero compensa. En eso están todos de acuerdo. Tanto en el pueblo de Chiras como en Tiambra, donde el sol ya ha alcanzado el mediodía y las mujeres han parado de trabajar. Es la hora del almuerzo y todas irán a sus casas. Hace buen rato que llueve de forma intensa y la bajada es peligrosa. Un recorrido de riesgo que se incrementa por el peso de las ramas que algunas mujeres cargan sobre sus espaldas para usar como combustible en sus cocinas una vez que estén secas.

Tienen que reponer fuerzas. Todas, menos Esperanza, regresarán después del almuerzo. No es vaguería. A esta lideresa (que es presidenta del Vaso de Leche, presidenta de la Asociación de Padres del Jardín de su hijo y forma parte de la Directiva de AgroRural en su comunidad) la esperan en Huasahuasi para preparar los bizcochuelos que el viernes se disfrutarán en la gran fiesta de la localidad, celebrada en la cancha de fútbol, junto a un río cargado que ruga con fuerza. A sus costados, las chacras y las flores que nunca faltan observarán el banquete. Y en los cerros los centenares de pinos harán lo propio: desde hace mucho ellos también son parte de la comunidad. ♦

